

Uno de los ingredientes que dan a la obra de Caballero su perfil inconfundible es esa aspiración suya a la totalidad, a una totalidad interpretada de forma pannaturalista mediante la integración de figura, paisaje y bodegón, como ocurre en este homenaje a la mujer. José Garnería supo describir estas taraceas de temas y figuras: “Sus obras actuales son, dentro de ellas mismas, un cúmulo de pequeñas obras, por elementos e incluso conjuntamente; sólo hay que ver los paisajes, casitas, árboles, flores o aves. Esta es su iconografía. Una iconografía que le sirve para sopesar y llegar a tratar todos los aspectos de una misma idea o tema. Pasado, presente y futuro conviven un tanto oníricamente en estas realidades cotidianas cargadas de crítica y humor, como si Martín Caballero observara al mundo desde un plano superior y con conocimiento de causa.”(1)

Una realidad cotidiana vista con irónica ingenuidad. Un ama de casa aparece representada en la cocina, mitad Hora, mitad libélula, en plena preparación de la comida, cuando el curioso reloj formado por el mocho de la esquina inferior y su sombra marca las dos en punto: la hora de comer.

Alrededor de ese argumento central, no faltan los detalles sorprendentes: desde las *chacras* budistas que aparecen pintadas en los distintos centros energéticos del cuerpo de la mujer, hasta llegar a la representación del filósofo cínico Diógenes con su tonel que aparece en la esquina inferior derecha. Toda una galaxia de temas y motivos resuelta con unos acabados técnicos absolutamente personales.

NOTAS

1 En *Martín Caballero* [cat. exp.], Gandía, Galería Lucas, 1980, tríptico.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 100-101.